

había conseguido hacerse honrar en todas las clases, procuraban no solamente inutilizarles los votos del pueblo, sino también arrebatárles las probabilidades de la fortuna, para hacerlas servir á corto número. Todos los cónsules anteriores á él habían obtenido por suerte su provincia, y ahora, sin recurrir al sorteo, el Senado daba una á Fabio. Si se quería honrarle, seguramente demasiado había merecido él de su colega y de la república, para que no se esforzase en servir la gloria de Fabio; pero á condición de que no realizase su brillo con su propia vergüenza. ¿Quién no veía que confiar á uno de los cónsules la dirección de la única guerra peligrosa y difícil que había de hacerse, era declarar al otro incapaz é inútil? Si Fabio se alababa por sus triunfos en la Etruria, él también podía celebrar los suyos, y tal vez aquel fuego que Fabio no había podido apagar y que con tanta frecuencia había producido nuevo incendio, conseguiría extinguirlo. En fin, si se trataba de honores y recompensas para su colega, cedería por respeto á su edad y á su dignidad personal; pero allí donde había peligros y combates, no sacrificaba ni sacrificaría nunca su derecho, y si sucumbiese en esta lucha, al menos conseguirá la ventaja de que lo que pertenece al pueblo, lo ordenará el pueblo antes que concederlo el Senado á título de favor. Suplicaba á Júpiter Optimo Máximo y á los dioses inmortales que dispusiesen la suerte tan favorablemente para él como para su colega, si habían de concederles la misma inteligencia y la misma facilidad en la dirección de la guerra. Cierta era sin duda en el fondo y de buen ejemplo, y en ello estaba interesada la fama del pueblo romano, que los dos cónsules fuesen capaces de dirigir bien las operaciones de la guerra etrusca. Fabio se limitó por toda petición á rogar al pueblo que, antes de llamar á las tribus al recinto para votar, se les

diese lectura de la carta del pretor Ap. Claudio, llegada de la Etruria, y se retiró de la asamblea. En el pueblo reinó igual unanimidad que en el Senado para asignar á Fabio la Etruria sin recurrir al sorteo.

Casi todos los jóvenes acudieron al cónsul mostrando apresuramiento por alistarse: tan grande era el deseo de servir á las órdenes de aquel general. «Me propongo, dijo cuando se vió rodeado de aquella multitud, no alistar más que cuatro mil infantes y seiscientos jinetes: aquellos de vosotros que se inscriban hoy ó mañana, vendrán conmigo. Tengo más empeño en haceros volver á todos ricos, que en disponer de muchos soldados para la guerra.» Con un ejército tan fácil de conducir, y con tanta confianza como podía apetecerse, avanza para llegar al campamento del pretor Apio hacia la ciudad de Abarna, cerca de la cual se encontraban los enemigos. A pocas millas hacia acá, encuentra merodeadores escoltados por un destacamento. Estos, apenas vieron los liectores que marchaban delante y oído el nombre del cónsul Fabio, cuando en su alegría dieron gracias á los dioses y al pueblo romano que les enviaban aquel general. En seguida rodeando al cónsul para saludarle, Fabio les preguntó adónde iban, y á su contestación de que á buscar leña, «¿Cómo! dijo. ¿No tenéis un campamento rodeado de empalizadas?» Contestaron los soldados que tenían empalizadas dobles y foso, lo que no les evitaba vivir entre alarmas. «Tenéis leña suficiente, les dijo; marchad y arrancad las empalizadas.» Regresaron al campamento, y arrancando las empalizadas infundieron terror á los soldados que habían quedado allí y al mismo Apio. Los soldados decían á sus compañeros que se limitaban á cumplir las órdenes del cónsul Fabio. A la mañana siguiente se levantó el campamento y Apio partió para Roma. Desde aquel momento cesó en los ejércitos romanos la costumbre

de largos campamentos. Fabio decía que no se ganaba nada permaneciendo mucho tiempo en el mismo punto; que las marchas y cambios de lugar disponían mejor al soldado y le robustecían. Además, las marchas se ordenaban según la estación, no habiendo pasado todavía el invierno. Al comenzar la primavera, habiendo dejado la segunda legión en Clusio, llamado en otro tiempo Camars, y encargado la custodia del campamento al pretor L. Escipión, regresó á Roma, para deliberar allí acerca de la guerra, bien porque se decidiese espontáneamente á dar este paso, bien porque habiendo visto de cerca la guerra, la encontrase más grave de lo que había imaginado por simples relatos; bien que le hubiesen llamado por un *senatus-consulto*, porque estas dos razones han alegado los historiadores. Pretendían algunos que se le llamó por las observaciones del pretor Ap. Claudio, que se dedicaba (como hizo siempre en las cartas que escribía) á inspirar al Senado y al pueblo profundas inquietudes con relación á la guerra de Etruria. «Un solo general y un solo ejército no bastarían contra cuatro pueblos. Era de temer que, ora porque el enemigo operase con todas sus fuerzas sobre un solo punto, ora que llevase la guerra sobre diferentes puntos á la vez, uno solo no pudiese hacer frente á todos al mismo tiempo. Él no había dejado allí más que dos legiones romanas y Fabio había marchado con menos de cinco mil hombres de infantería y caballería. Opinaba que el cónsul P. Decio partiese lo antes posible para reunirse con su colega en la Etruria, y que se diera á L. Volumnio la provincia del Samnio. Si el cónsul prefería marchar á la provincia, Volumnio se reuniría en la Etruria al otro ejército consular completo.» Como estas palabras del pretor impresionaban á la mayor parte de los senadores, dícese que el cónsul Decio opinó que no se entorpeciese en nada la libertad de Q. Fabio

y que nada se decidiera relativamente á él hasta que viniese á Roma, si podía hacerlo sin daño de la república, ó que enviase algún legado suyo para informar al Senado acerca de la gravedad de la guerra de la Etruria y cuántas tropas y generales exigiria.

En cuanto regresó Fabio á Roma se presentó al Senado y al pueblo: su lenguaje fué mesurado, sin aumentar ni disminuir las alarmas que ocasionaba la guerra. «Si consentía en tomar con él otro general, más era por conceder algo á la común alarma, que por el temor de algún peligro para él ó para la república. Por lo demás, si querían asociarle alguno para el mando y dirección de aquella guerra, ¿cómo había de olvidar á P. Decio, de quien había tenido que felicitarse siempre que fué colega suyo? No había nadie de quien desease más se le uniera; con P. Decio siempre tendría bastantes tropas y nunca demasiados enemigos. Pero si su colega deseaba cualquier otro destino, rogaba le diesen á L. Volumnio.» Todo quedó á disposición de Fabio por parte del pueblo, del Senado y de su mismo colega, y cuando P. Decio se mostró tan dispuesto á partir para el Samnio como para la Etruria, tales fueron el regocijo y las felicitaciones, que parecía tenían asegurada de antemano la victoria y que se concedía á los cónsules, no una guerra, sino el triunfo. Veo en algunos historiadores que inmediatamente después de haber tomado posesión del consulado Fabio y Decio partieron para la Etruria; no mencionando el sorteo de las provincias, ni los debates entre los dos cónsules de que antes hablé. No se limitan otros á referir estas desavenencias, sino que añaden que Apio hizo ante el pueblo inculpaciones á Fabio ausente, inculpaciones que el pretor reprodujo con obstinación en presencia del mismo cónsul, y que hubo además otra desavenencia entre los colegas, pretendiendo Decio que cada cual quedase exclusivamente encar-

gado de su provincia. Los hechos comienzan á concordar desde la marcha de los cónsules para la guerra. Por lo demás, antes de su llegada á la Etruria, los galos senones marcharon hacia Clusio con numerosas tropas para atacar á la legion romana y el campamento. Escipión, que mandaba allí, queriendo suplir el número con la ventaja de la posición, hizo ocupar á su tropa una colina que se encontraba entre la ciudad y el campamento. Pero la precipitación no dejó reconocer el camino, y cuando llegó á la altura la encontró ocupada por el enemigo, que había desembocado por la otra parte. Así, pues, atacada por la espalda la legión, quedó destrozada y en seguida envuelta: el enemigo la estrechó por todas partes, destruyéndola por completo, no quedando ninguno para dar la noticia. Esto refieren algunos historiadores, añadiendo que los cónsules, que estaban cerca de Clusio, se enteraron del hecho al ver á los jinetes galos que llevaban las cabezas colgadas en los pretales de los caballos ó clavadas en las lanzas, celebrando la victoria con sus cantos nacionales. Dicen otros que fueron los umbrios y no los galos, y que la pérdida no fué tan considerable; que habiendo sido envueltos algunos merodeadores á las órdenes del legado L. Manlio Torcuato, el propretor Escipión salió de su campamento para protegerlos; que habiendo comenzado el combate, los umbrios vencedores fueron vencidos á su vez y perdieron sus prisioneros y su botín. Pero es más verosímil que el enemigo que hizo experimentar aquel descalabro fuese el galo más bien que el umbrio, porque en ningún otro año dominó tanto los ánimos el terror del nombre galo. En efecto, además de que los dos cónsules habían partido para la guerra con cuatro legiones, numerosa caballería romana, mil jinetes campanios elegidos y un ejército de aliados y de latinos, existían otros dos ejércitos que, á

corta distancia de la ciudad, formaban una barrera por el lado de la Etruria, uno en el territorio de los faliscos y el otro en la campiña del Vaticano. Cn. Fulvio y L. Postumio Megelo, propretores los dos, recibieron orden de establecer en estos parajes campamentos fortificados.

Habiendo atravesado el Apenino los cónsules, entraron en el territorio sentino (1), acampando á cerca de cuatro millas del enemigo. Este celebró en seguida consejo y decidió que no ocupasen todos el mismo campamento ni que marchasen todos juntos en línea de batalla. Los galos se unieron á los samnitas y los umbrios á los etruscos. Designóse día para el combate, debiendo librarle los samnitas y los galos, y durante la batalla, los etruscos y los umbrios atacarían el campamento romano. Estos proyectos quedaron desconcertados merced á tres desertores de Clusio, que durante la noche pasaron furtivamente al campamento de Fabio. Después que revelaron el plan de los enemigos, despidieronles con regalos para animarles á que se informaran exactamente de todo lo que se decidiese de nuevo, y á venir para revelarlo. Los cónsules escriben á Fulvio y á Postumio que abandonen las posiciones que ocupan, el uno cerca del territorio falisco y el otro cerca del Vaticano, y que avancen hacia Clusio, haciendo los mayores estragos en el país enemigo. La noticia de esta devastación hizo salir á los etruscos del territorio sentino para defender el suyo. Entonces lo intentaron todo los cónsules para llegar á una batalla, provocando al enemigo durante dos días, en los que nada memorable ocurrió. Por ambas partes perdieron algunos hombres; y estas escaramuzas no tuvieron otro efecto que aumentar el deseo de un combate general sin poder conse-

(1) Sentino, ciudad de la Umbria, al pie de los Apeninos.

guirlo. En el día tercero hicieron salir todas las tropas al campo de batalla. Cuando estuvieron frente á frente, una cierva, arrojada de la montaña por un lobo que la perseguía, atravesó la llanura que ocupaban los dos ejércitos; en seguida los dos animales se dirigieron en opuesto sentido, la cierva hacia los galos y el lobo hacia los romanos, que abrieron las filas dejándole pasar mientras que los galos mataron la cierva. Entonces un soldado romano de la primera fila, alzando la voz, exclamó: «La fuga y la muerte pasan á aquel lado donde veis muerto el animal consagrado á Diana. Por este lado el lobo de Marte, vencedor, escapado ileso del peligro, nos recuerda nuestro fundador y nuestro origen que remonta á Marte.» Los galos se colocaron en el ala derecha y los samnitas en la izquierda. Fabio, en el ala derecha, opuso á los samnitas las legiones primera y tercera; Decio, en la izquierda, hizo frente á los galos con la quinta y la sexta; la segunda y la cuarta hacían la guerra en el Samnio con el procónsul L. Volumnio. El combate se sostuvo al principio con tanta igualdad, que si los etruscos y los umbríos hubiesen asistido, en cualquier parte que combatesen, sea contra el ejército ó contra el campamento, la derrota habría sido inevitable.

Por lo demás, bien que la suerte de las armas fuese hasta entonces igual para los dos partidos y que la fortuna no hubiese hasta entonces dejado ver hacia qué lado inclinaria la balanza, el ala derecha y el ala izquierda estaban lejos de presentar igual aspecto. Con Fabio, los romanos se defendían más bien que atacaban, procurando prolongar el combate todo lo posible, porque el general sabía que los samnitas y los galos eran terribles en el primer ímpetu, pero que bastaba no ceder á él; que si se prolongaba el combate, el valor de los samnitas decaía insensiblemente; que en cuanto á

los galos, pueblo incapaz de soportar la fatiga y el calor, sus cuerpos se derretían por decirlo así, y pareciendo más que hombres al comenzar la batalla, eran menos que mujeres al terminarla. Economizaba, pues, las fuerzas de sus soldados esperando la hora en que el enemigo acostumbraba á dejarse vencer. Decio, por el contrario, más ardiente por su edad y por la viveza de su carácter, desplegó cuantas fuerzas tenía desde el principio del combate; y como un ataque de infantería le parecía demasiado lento, mueve su caballería, y colocándose él mismo en medio de una turma de jóvenes de los más intrépidos, exhorta á los jefes de aquella valiente juventud para que caigan con él sobre el enemigo, haciéndoles entrever doble gloria si comenzaba el triunfo por el ala izquierda y por la caballería. Dos veces hicieron volver grupas á la caballería gala; pero al segundo ataque, cuando ganaban terreno y habían penetrado hasta el centro de las turmas enemigas, nuevo género de combate les infundió terror. Montado y armado el enemigo en carros de diferentes formas, acudió con inmenso estrépito de caballos y de ruedas é hizo espantarse á los caballos romanos, que no estaban acostumbrados á oír aquel fragor. Entonces un pánico que parecía delirio disipó aquella caballería victoriosa, y en la confusión de la huida, hombres y caballos caen en montón. El desorden se propagó también á las legiones, y muchos soldados de las primeras filas quedaron aplastados por el choque de los caballos y de los carros enemigos á través de las líneas. Además, la infantería gala que, habiendo visto el desorden, comenzó en seguida á perseguirles, no les dió tiempo para respirar y rehacerse. Entonces les gritó Decio: «¿Adónde huís? ¿Qué esperanza tenéis en la fuga?» Detiene á los que retroceden y llama á los que ya estaban dispersos. En fin, viendo que ninguna fuerza humana podía contenerles

en el terror que les dominaba, dice invocando á su padre P. Decio. «¿Por qué tardar más en sufrir el destino de mi familia? Propio es de los Decios ofrecerse como víctimas para conjurar los peligros públicos. Voy á sacrificarme, á sacrificar las legiones enemigas para ser inmolados á la Tierra y á los dioses manes.» Habiendo pronunciado estas palabras, ordena al pontífice M. Livio, al que, al marchar al campo de batalla, le prohibió separarse de él ni un sólo momento, que le dictase la fórmula que debía repetir para sacrificarse él y las legiones enemigas por el ejército y el pueblo romano de los caballeros. Después, con las mismas palabras y las mismas ceremonias, se sacrificó como lo hizo su padre P. Decio en la guerra con los latinos en las orillas del Vesperis; añadiendo á continuación de las palabras solemnes: «Que hacía marchar delante de él el terror y la fuga, la matanza y la sangre, la cólera de los dioses del cielo y la de los dioses del infierno; que lanzaba terribles anatemas contra las enseñas, los dardos, las armas de los enemigos, y que el mismo paraje que le sería mortal, lo sería también para los galos y los samnitas.» Después de estas imprecaciones contra él mismo, contra los enemigos, lanzó su caballo contra lo más compacto del ejército galo, cayendo atravesado por los dardos, á cuyo encuentro corría.

Desde aquel momento apenas pudo verse la obra de los hombres en aquella batalla. Los romanos, después de la pérdida de su jefe, cosa que de ordinario difunde terror en los ejércitos, se detienen en su fuga y quieren comenzar de nuevo el combate. Los galos, y especialmente los que rodeaban el cadáver del cónsul, como poseídos de vértigo, lanzan á la aventura dardos inútiles; algunos permanecen inmóviles, sin pensar en huir ni en pelear. Pero por el lado opuesto, el pontífice Livio, á quien Decio había entregado los liectores y encar-

gado que desempeñase el puesto de pretor, gritó: «Que la victoria es de los romanos, perdonados por los dioses, merced á la muerte del cónsul; que los galos y samnitas pertenecen á la Tierra, madre de los dioses y á los dioses manes; que Decio arrastraba y llamaba á su ejército que había consagrado con él; que entre los enemigos, todo estaba dominado por las furias y el terror.» Mientras que los soldados de este ala restablecen el combate, llegan L. Cornelio Escipión y C. Marcio con refuerzos que el cónsul Fabio había sacado de su reserva y que enviaba en socorro de su colega. Allí se enteran del sacrificio de Decio, noble ejemplo que á todos les anima á los mayores sacrificios por la república. Como los galos, estrechados unos contra otros, presentaban un parapeto de escudos, y no parecía fácil combatirles cuerpo á cuerpo, recogen por orden del legado los dardos de que estaba sembrado el suelo entre los dos bandos y los lanzan contra la tortuga que formaba el enemigo. Los escudos quedan acribillados, los soldados tienen el cuerpo erizado de dardos y la barrera que formaban cae derribada. En el terror que les dominó, gran parte de los enemigos caen sin haber recibido heridas. Estas eran en el ala izquierda las vicisitudes de la fortuna; en la derecha, Fabio, como hemos dicho ya, había prolongado el combate hasta muy entrado el día. Cuando le pareció que no tenían tanta energía los gritos del enemigo, sus movimientos y los dardos que lanzaba, mandó á los prefectos de la caballería que marchasen con el cuerpo que mandaban por los flancos de los samnitas, con objeto de poder, á una señal dada, tomarlos de través y caer sobre ellos con el mayor ímpetu; ordenando al mismo tiempo á los suyos avanzar insensiblemente y empujar al enemigo. Viendo que no resistían y que su cansancio no era dudoso, reunió todos los cuerpos de la reserva, que había guardado para

esta ocasión, lanza al mismo tiempo sus legiones adelante y manda á la caballería que ataque al enemigo. Los samnitas no pudieron resistir un empuje tan vigoroso, y pasando cerca de los galos, ganaron su campamento con extraordinaria precipitación, dejando á sus aliados combatiendo con el enemigo. Habiendo formado los galos la tortuga, se mantenían apretados. Enterado entonces Fabio de la muerte de su colega, hace salir de su línea de batalla á los campanios, en número de cerca de quinientos jinetes, con orden de rodear y atacar al ejército galo por la espalda: manda que les sigan los príncipes de la tercera legión, quienes, en el momento en que viesen al enemigo quebrantado por el ataque de la caballería, debían caer sobre él, aprovechando el espanto para destrozarle. En cuanto á él, después de ofrecer á Júpiter Vencedor un templo y todos los despojos de los enemigos, marchó hacia el campamento de los samnitas, donde se precipitaban consternados todos los fugitivos. No pudiendo pasar por las puertas tan considerable multitud, los que no pudieron penetrar en el campamento intentaren el combate al pie mismo de las empalizadas. El general samnita Gelio Egnacio pereció allí: en seguida fueron rechazados los samnitas al interior. Apoderáronse del campamento sin grandes esfuerzos, y los galos, cogidos por la espalda, quedaron envueltos. En este día se mataron al enemigo veinticinco mil hombres y se les hicieron ocho mil prisioneros. No fué incruenta la victoria para los romanos, porque perecieron siete mil hombres del ejército de Decio y mil setecientos del de Fabio. Habiendo mandado éste buscar el cadáver de su colega, hizo amontonar los despojos del enemigo y los quemó en honor de Júpiter Vencedor. Sepultado el cuerpo del cónsul entre montones de cadáveres de galos, no pudo encontrarse aquel día. A la mañana siguiente los soldados, llorando

mucho, le llevaron al campamento, y Fabio, abandonando todos los otros asuntos, se ocupó de las exequias de su colega, al que tributó los mayores honores, pagándole el tributo de alabanzas que merecía.

En estos mismos días obtuvo grandes ventajas en la Etruria el pretor Cn. Fulvio. Además de las enormes pérdidas que hizo experimentar al enemigo con la devastación de sus campos, libró brillante combate, en el que más de tres mil hombres, entre perusinos y clusinos, quedaron en el campo de batalla, tomándoles veinte cureñas. Huyendo los samnitas á las tierras de los pelignos, quedaron envueltos por éstos, quienes les mataron más de mil de los cinco mil que eran. La gloria de aquella memorable batalla de Sentino es bastante resplandeciente, aunque nos atengamos á la estricta verdad. Pero algunos historiadores la han aumentado con exageraciones. Atribuyen al enemigo cuarenta mil trescientos treinta hombres á pie, seis mil caballos y mil carros, comprendiendo sin duda en estas fuerzas á los umbrios y etruscos, á quienes suponen en la batalla, y para aumentar también las fuerzas de los romanos unen al procónsul L. Volumnio con los cónsules, y su ejército á las legiones de éstos. Según la mayor parte de los anales esta victoria pertenece exclusivamente á los cónsules. Entretanto Volumnio hacía la guerra en el Samnio, y después de rechazar al ejército de los samnitas hasta el monte Tiferno, le atacó sin temer las dificultades del terreno, y le puso en fuga. Q. Fabio, dejando en la Etruria el ejército de Decio, llevó sus legiones á Roma y triunfó de los galos, de los etruscos y de los samnitas. Los soldados siguieron el carro del triunfador, y en sus libres cantos guerreros, celebraron la gloriosa muerte de P. Decio, al mismo tiempo que la victoria de Fabio, y recordaron la memoria del padre, cuya abnegación, tan bella como la de su

hijo, había sido igualmente dichosa para la república. A cada soldado se le dió por su parte de botín ochenta y dos ases de cobre, un manto y túnicas; recompensa muy apreciable en aquella época militar.

Estas notables victorias no habían podido pacificar á los samnitas ni la Etruria; porque después del regreso del cónsul, los perusinos dieron la señal de nueva guerra, y los samnitas marcharon á saquear los campos de Vescia y de Formiano, y en otro punto los de Esernino y las comarcas vecinas del río Vulturno. Contra ellos enviaron al pretor Ap. Claudio con el ejército de Decio. En la Etruria sublevada, Apio mató á los perusinos cuatro mil quinientos hombres; cogió mil setecientos cuarenta prisioneros, á cada uno de los cuales hizo pagar por rescate trescientos diez ases de cobre; el resto del botín fué abandonado á los soldados. Las legiones de los samnitas, perseguidas de un lado por el pretor Ap. Claudio, y del otro por el procónsul L. Volumnio, se reunieron en el territorio de Stela y allí esperaron al enemigo. Apio y Volumnio se reunieron también. Romanos y samnitas combatieron con extraordinario encarnizamiento, indignados los unos con tantas sublevaciones sucesivas, y los otros sacando nuevas fuerzas de su misma desesperación. Los samnitas perdieron en el campo de batalla diez y seis mil trescientos hombres y además dos mil setecientos prisioneros. En este año, tan afortunado para las armas romanas, se declaró una peste desastrosa y ocurrieron alarmantes prodigios. Hablóse de lluvias de tierra que habían caído en diferentes parajes, y de gran número de soldados del ejército de Apio heridos por el rayo. Consultáronse los libros sibilinos. En este mismo año Q. Fabio Gurges, hijo del cónsul, castigó con multa á algunas matronas que habían sido demandadas ante el pueblo y condenadas por sus licenciosas costumbres:

con el dinero procedente de estas multas hizo construir el templo de Venus que se encuentra cerca del Circo. Lejos estoy de haber relatado todas las guerras de los samnitas, aunque han ocupado ya cuatro libros de mi historia y un período continuo de cuarenta y seis años, desde el consulado de M. Valerio y de A. Cornelio, que fueron los primeros que llevaron las armas romanas al Samnio. Por no hablar ahora de las sangrientas derrotas que experimentaron una y otra nación durante tantos años, ni de sus pérdidas anteriores, que no pudieron domeñar aquellos pechos obstinados, al año siguiente los samnitas en el campo sentino, en los de los pelignos, en el Tiferno, en las llanuras de Stela, unas veces con sus legiones solas, y otras unidos con extraños, fueron destrozados por cuatro ejércitos romanos. Perdieron el general más ilustre de su nación; veían á sus compañeros de armas, los etruscos, los umbrios y los galos, en situación parecida á la suya; no podían sostenerse más ni con sus propias fuerzas ni con las extranjeras; sin embargo, no abandonaban la guerra, y la desgracia misma no les hacía renunciar á la defensa de su libertad, prefiriendo verse vencidos á no tentar la victoria. ¿Cuál será el escritor ó el lector á quien no fatigue la prolongación de una guerra que no cansó á los que la hacían?

Sucedieron en el consulado á Q. Fabio y P. Decio L. Postumio Megelo y M. Atilio Régulo. Los dos tuvieron por provincia el Samnio, habiendo corrido el rumor de que el enemigo había formado tres ejércitos; uno para marchar de nuevo á la Etruria; el segundo, para comenzar otra vez las devastaciones de la Campania; el tercero, para defender sus fronteras. Una enfermedad retuvo en Roma á Postumio, y Atilio partió en seguida á fin de poder, en conformidad con las instrucciones que había recibido del Senado, caer sobre

los enemigos en el Samnio antes que tuviesen tiempo de salir. Allí se encontraron como de intento los dos ejércitos, de tal manera que fué imposible á los romanos penetrar en el Samnio y mucho menos devastarlo, y á su vez impidieron á los samnitas salir para arrojarse sobre comarcas tranquilas y sobre el territorio de los aliados del pueblo romano. Como los dos campamentos estaban colocados frente á frente, lo que el romano, tantas veces vencedor apenas se hubiese atrevido á hacer, lo hicieron los samnitas (tanto atrevimiento infunde la suprema desesperación); atacaron el campamento romano, y si tan atrevida empresa no tuvo resultado definitivo, no fué, sin embargo, completamente inútil. Habíase levantado densa niebla, que hasta muy entrado el día de tal manera robó la claridad, que no solamente no podía distinguirse nada más allá de las empalizadas, sino que hasta era imposible reconocerse al acercarse unos á otros. Los samnitas, ocultos en la obscuridad como en secreta emboscada, á la primera claridad del día, que la niebla debilitaba más y más, llegan á la primera guardia de los romanos, que vigilaba con bastante negligencia las puertas del campamento. Atacados de improviso, los soldados no tuvieron bastante valor ni bastantes fuerzas para resistir. Este ataque tuvo lugar en la puerta decumana, á la espalda del campamento, siendo tomado el Cuestorio y muerto el cuestor L. Opimio Pansa. Entonces se gritó á las armas!

Despertado el cónsul por el tumulto, encarga la custodia del pretorio á dos cohortes de aliados, formada una por lucanos y otra por suesanos, las primeras que la casualidad puso á su disposición; en seguida condujo los manipulos de las legiones por el camino principal del campamento. Los soldados, habiendo tenido apenas tiempo para armarse, forman las filas y distinguen al

enemigo por la voz antes que por la vista, sin poder calcular el número. En la incertidumbre de su posición, retroceden al pronto y dejan penetrar al enemigo hasta el centro del campamento. En fin, los gritos del cónsul, que les dice «si quieren dejarse arrojar fuera de las empalizadas para atacar su propio campamento,» les detienen: reunen sus fuerzas lanzando gritos, resisten con firmeza, ganan terreno, empujan á su vez al enemigo, y habiéndole quebrantado, le hacen retroceder tan asustado como ellos lo estuvieron antes. Arrojanle fuera de la puerta y de las empalizadas sin atreverse á ir más lejos ni á perseguirle, porque la densidad de la niebla les hacía temer alguna emboscada en las cercanías, y contentos con haber libertado su campamento, entran en las empalizadas después de haber matado al enemigo cerca de trescientos hombres. La pérdida de los romanos, comprendiendo en ella la primera guardia, los centinelas y todos los sorprendidos en derredor del Cuestorio, fué próximamente de setecientos treinta hombres. Como la audacia no dió mal resultado á los samnitas, se enardeció su valor, y lejos de permitir que los romanos avanzasen en su país, ni siquiera les dejaban forrajear. El ejército tuvo que enviar á buscar forrajes al campo de Sora, que estaba á su espalda. Llegando á conocerse en Roma esta situación que la fama hacía más alarmante, mandóse partir al cónsul L. Postumio, apenas restablecido de su enfermedad. Este hizo adelantarse á sus tropas con orden de reunirse en Sora y antes de ir á alcanzarlas dedicó el templo de la Victoria que había hecho construir con el producto de las multas durante su edilidad curul. Incorporado á su ejército, marchó de Sora al Samnio, dirigiéndose al campamento de su colega. En seguida, como los samnitas, desesperando de poder resistir á los dos ejércitos, tomaron el partido de retirarse, los dos cónsules se



separaron para talar los campos y sitiarse las ciudades. Habiendo intentado primeramente Postumio tomar á viva fuerza á Milonia, vióse obligado, por no darle resultado este medio, á recurrir á los trabajos de sitio y á las máquinas, que adelantó hasta el pie de las murallas. Tomada de esta manera la ciudad, tuvo que sostener en todos los barrios, desde la hora cuarta hasta cerca de la octava, un combate cuyo resultado fué por mucho tiempo incierto: al fin triunfaron los romanos. Tres mil doscientos samnitas quedaron muertos y cuatro mil setecientos prisioneros, sin mencionar el resto del botín. Desde allí se dirigieron las legiones á Terentino. Los habitantes, á favor de la obscuridad de la noche, salieron silenciosamente de la ciudad por la puerta opuesta, llevando consigo todo cuanto pudieron trasportar. Cuando el cónsul llegó delante de la plaza, tomó en seguida todas sus disposiciones, avanzando en buen orden hasta el pie de las murallas, esperando encontrar la misma resistencia que en Milonia. Pero cuando observó el profundo silencio que reinaba en la ciudad, que había quedado desarmada, sin defensores en las torres y murallas, contuvo al soldado, impaciente por escalar aquellos desiertos muros, para no exponerse á caer imprudentemente en alguna emboscada. Mandó á dos turmas de caballería, tomadas de los aliados del nombre latino, que diesen vuelta alrededor de la plaza y lo examinasen todo. Los jinetes ven una puerta y otra á corta distancia, abiertas ambas, y en los caminos que partían de ellas, las huellas de la fuga nocturna de los enemigos. Acércanse en seguida poco á poco á las puertas, y sin exponerse, descubren el interior de la ciudad por las rectas calles que la atravesaban: dicen al cónsul que la plaza está abandonada; que la indudable soledad del interior, las recientes huellas de la fuga y el confuso conjunto de objetos abandonados aquí y allá

en el desorden de la noche, son pruebas evidentes de ello. Oído esto, el cónsul lleva las legiones hacia la parte de la ciudad reconocida por los jinetes; detúvose cerca de la puerta, destaca cinco jinetes solamente con orden de penetrar en la ciudad hasta cierta distancia, y si ven que no hay nada que temer, que permanezcan tres en el interior y vuelvan dos á dar la noticia. Estos dicen que han avanzado hasta un punto desde el que se ven todos los barrios de la ciudad, y que por todas partes reina el mismo silencio y abandono. En el acto hace penetrar el cónsul las cohortes ligeras, y manda al resto de las tropas que fortifiquen entretanto el campamento. Los soldados que entran en la ciudad, rompen las puertas de las casas, encontrando en ellas corto número de ancianos y de enfermos y los objetos difíciles de trasportar. Estos objetos quedaron entregados al pillaje. Por los prisioneros supieron que algunas ciudades de las cercanías se habían concertado para una evasión igual; que sus conciudadanos habían partido á la primera vigilia y que debían esperar la misma soledad en las otras ciudades. Creyóse en las declaraciones de los prisioneros, y el cónsul tomó posesión de las ciudades abandonadas.

Para el otro cónsul, M. Atilio, no fué la guerra tan fácil. Cuando llevaba sus legiones hacia Luceria, sitiada, según había sabido, por los samnitas, en los confines del territorio de esta ciudad encontró al enemigo que venía á su encuentro: allí igualó las fuerzas la animosidad: el combate, después de muchas peripecias, quedó indeciso; sin embargo, el resultado fué triste para los romanos, tanto porque no estaban acostumbrados á verse vencidos, como porque al retirarse, vieron mejor que durante la pelea, cuánto más considerable era el número de sus muertos y heridos que los del enemigo. Así fué que se difundió por el campamento tal terror,